

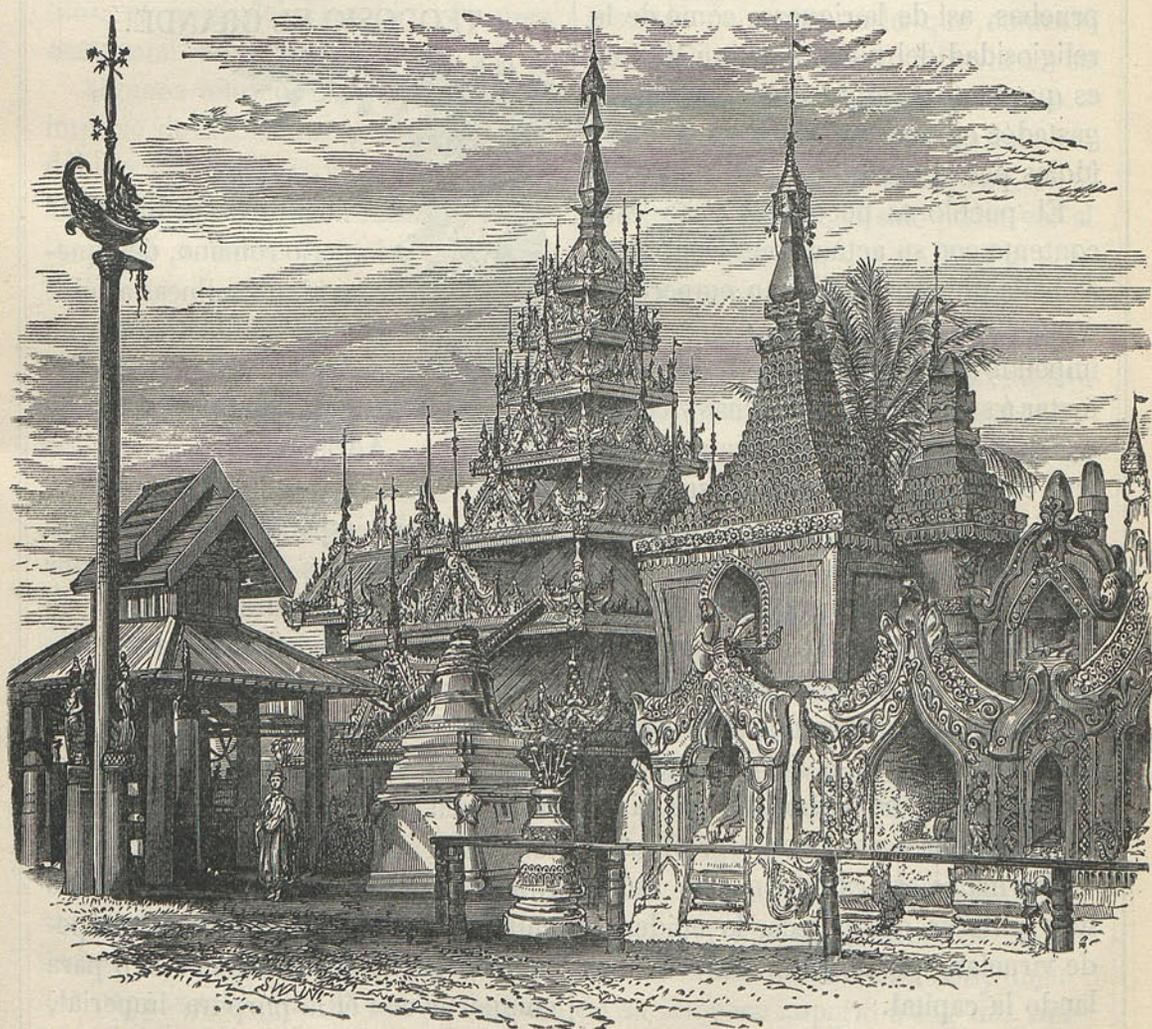
EL AMIGO DE LA INFANCIA.

PERIÓDICO ILUSTRADO.

AÑO VII.

MADRID 4.º DE MAYO DE 1880.

NUM. 74.



EL IMPERIO DE BIRMANIA.

Estos magníficos templos elevan sus cúpulas doradas en Mandalai, capital del imperio de Birmania, país donde se venera á los elefantes como á dioses. Se halla situado el referido imperio en el Asia occidental, al Sur de la

China, está cruzado por numerosos rios, y calentado por un sol tropical. Sorprende á los europeos por la extraordinaria fertilidad de su suelo. Los hermosos templos y santuarios que en todas partes se elevan, son otras tantas pruebas, así de la riqueza, como de la religiosidad del pueblo. ¡Gran lástima es que tanto celo y bienes sean malgastados en venerar elefantes y otros ídolos por el estilo!

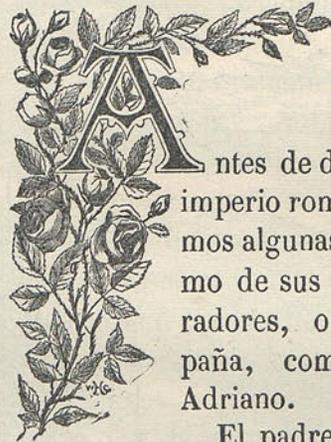
El pueblo es poco feliz y no está contento con su actual condicion; pues se halla gobernado por un emperador cruel y sanguinario, que, á su antojo é impelido por arrebatos de furia, suele matar á sus súbditos á docenas y centenares, dirigiendo en particular su cólera contra los miembros de su propia familia, por sospechar que ellos podrían un dia quitarle el trono. Nadie en dicho país puede considerarse seguro, si se tienen en cuenta los repentinos é inmotivados arrebatos del monarca. Acaban de comunicar los periódicos la horrenda noticia de que este recientemente ha hecho enterrar vivos á 500 hombres para conjurar el furor de los malos espíritus con este sacrificio y hacer desaparecer la epidemia de viruelas, que actualmente está asolando la capital.

Al saber tales horrores, sentimos profunda compasion hácia esta pobre gente, y comprendemos que no son las riquezas ni la fertilidad del suelo, ni la hermosura del clima, las que hacen felices á los hombres, sino sólo el

Evangelio del Salvador, que encadena las pasiones y libra de la esclavitud de la supersticion.

GLORIAS DE ESPAÑA.

TEODOSIO EL GRANDE.



Antes de despedirnos del imperio romano, dediquemos algunas líneas al último de sus ilustres emperadores, oriundo de España, como Trajano y Adriano.

El padre de Teodosio, hábil general español, ganó grandes victorias sobre los Bárbaros que por todas partes invadian el viejo imperio romano, y por recompensa de sus servicios, su ingrato dueño le hizo decapitar en Cartago.

Su hijo, que servia á sus órdenes, herido en su amor filial é indignado de tamaño crimen, alejóse del ejército retirándose á España donde se dedicó á cultivar su patrimonio. Pero el emperador Graciano le sacó de su retiro para compartir con él la púrpura imperial, considerándole el único hombre capaz por su talento de salvar el imperio de los ataques de los Bárbaros.

En 379 Teodosio fué proclamado emperador de Oriente en presencia de las tropas que conocian su valor y bi-

zarría. Los primeros cuidados del nuevo emperador fueron la organización del ejército; y no tardó mucho en alcanzar la victoria por fruto de sus esfuerzos. Los godos se comprometieron á guardar, contra los demás pueblos, el paso del Danubio, frontera occidental del imperio.

Algunos años despues, en 394, el imperio de Occidente, gobernado por débiles emperadores y desgarrado por continuas y sangrientas guerras civiles, pasó á manos de Teodosio, quedando este único y absoluto dueño del imperio entero y mereciendo por su habilidad y destreza el nombre de *Grande*, con que ha pasado á la historia.

Teodosio, que no siempre se mostró grande, tenia sin embargo buenos sentimientos, y sabia reconocer cuando habia faltado á ellos, como lo mostró en la ocasion siguiente: Las ciudades de Antioquía y Tesalónica habian derribado las estátuas del emperador y de toda su familia. Teodosio, en un momento de cólera, mandó que las dos ciudades fueran destruidas, pero no tardó en arrepentirse de orden tan bárbara, y la revocó. Sin embargo, infinidad de seres humanos fueron alanceados por sus soldados. El obispo de Milan, San Ambrosio, indignado de que un emperador cristiano consintiera tanta crueldad, le dirigió una enérgica epístola; reprendióle por su conducta, prohibiéndole la entrada en la iglesia, mientras no se hubiese arrepentido y

humillado en público. Teodosio quiso, sin embargo, entrar en la iglesia; en el vestíbulo salióle al encuentro San Ambrosio prohibiéndole el paso. El emperador se escusó con el ejemplo del rey David, que tambien habia cometido grandes crímenes, á lo que contestó Ambrosio: «Has imitado á David en su crimen, imítale en su arrepentimiento.» Teodosio en efecto se humilló ante tan severa palabra, y San Ambrosio, en el nombre de Dios, que solo podia ver si su arrepentimiento era sincero, le perdonó su pecado.

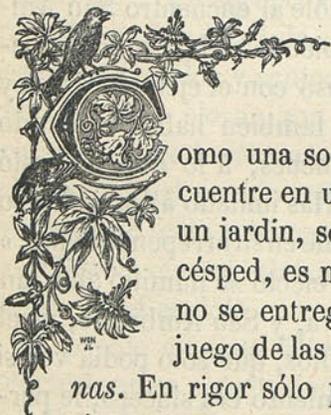
Bajo el reinado de este mismo emperador tuvo lugar la derrota completa del paganismo que hasta entónces disputaba la posesion de las conciencias al Evangelio.

Ocupóse tambien Teodosio en reformar la justicia, prestando atencion especial al estado de las cárceles. El carcelero que se propasara con un preso, era sometido á las penas más severas; y el juez que por negligencia condenase un procesado, debia pagar una fuerte cantidad de dinero.

Todo esto hacia concebir grandes esperanzas, cuando Teodosio, el último emperador que supo gobernar dignamente, murió en Milan en 395, dejando su inmenso imperio á sus dos tiernos hijos Arcadio y Honorio, emperador de Oriente el primero y de Occidente el otro.



LAS CUATRO ESQUINAS.



Como una sociedad se encuentre en un bosque, en un jardín, sobre el verde césped, es muy raro que no se entregue al bonito juego de las *cuatro esquinas*. En rigor sólo pueden jugar cinco personas; pero en un bosque, cuando la sociedad es numerosa, es fácil multiplicar las partidas de las cuatro esquinas. En tal sitio nunca faltan árboles; y como presentan muchos puntos de apoyo, puede jugar mucha gente á la vez, aumentando infinitamente la diversion.

Uno de los jugadores se sitúa en medio de los otros cuatro que se hallan en cuatro esquinas, es decir, junto á cuatro árboles distantes igualmente uno de otro en forma de cuadro. Estos jugadores cambian de sitio con los del árbol inmediato. Mientras dejan su puesto para tomar el de otro, el que está en medio trata de apoderarse de un lugar abandonado. El que no encuentra sitio se queda en medio.

Para que el juego sea agradable conviene que los jugadores cambien frecuentemente de sitio, haciéndolo á veces con los de la esquina opuesta, esto es, corriendo en línea diagonal ó formando cruz entre los de las cuatro es-

quinas. Nada seria más monótono que cambiar siempre de sitio con el que se halla enfrente, recorriendo solamente el camino más corto, porque no le dejarían bastantes probabilidades de conseguir un sitio al que se hallase en medio.

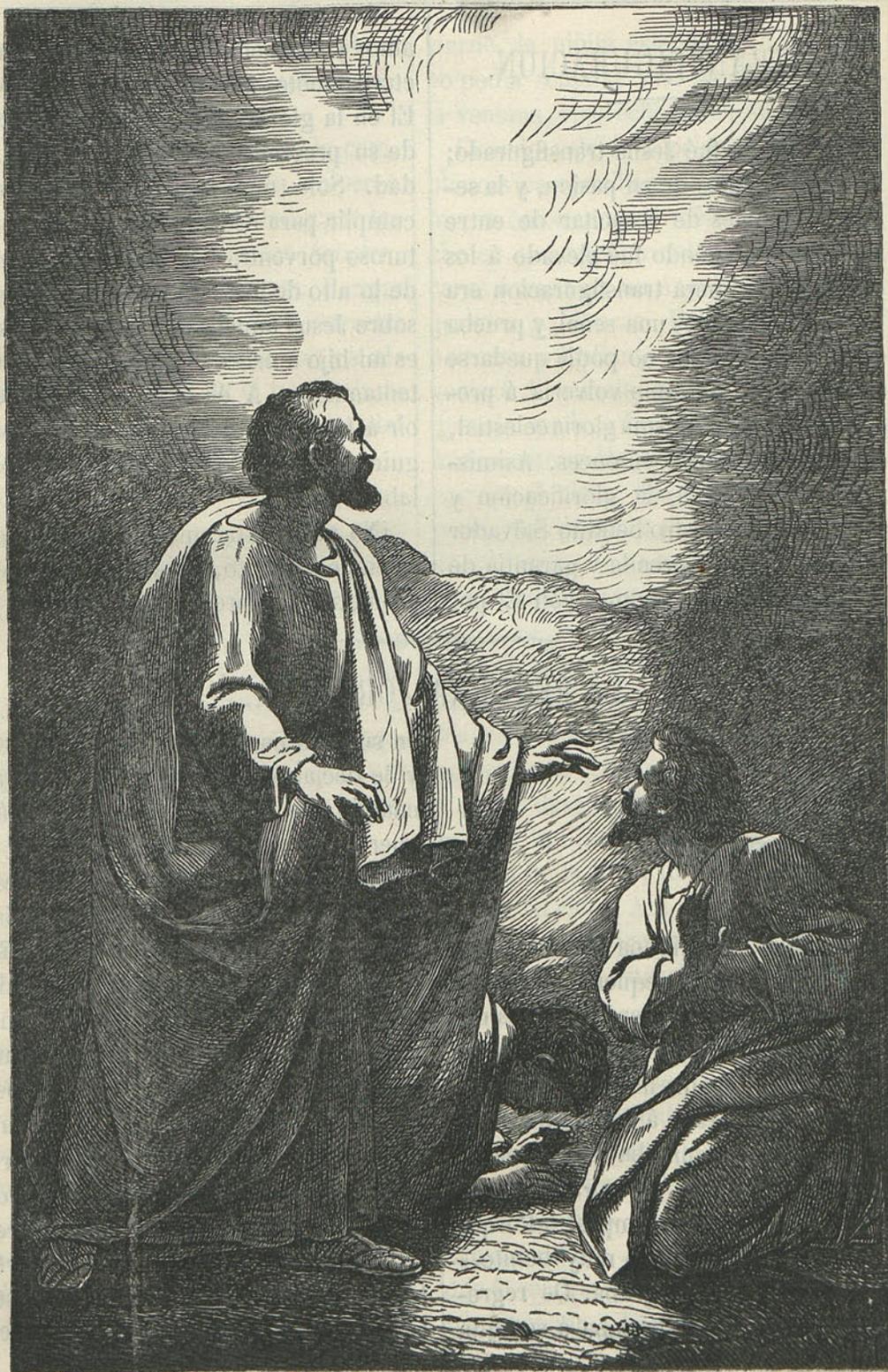
Suele suceder que un jugador, despues de haber hecho señas á otro para que se venga á su sitio, y aun despues de dar algun paso hácia delante, muda de parecer repentinamente y se queda en él, haciendo que el otro pierda el suyo y sufra un desengaño. En este caso, la justicia mandaria que el que habia tardado se quedase en medio en vez del que le habia creído. Pero en los juegos, como en todas las cosas, se desconoce la justicia con mucha frecuencia, y el engañado tiene que tomar su partido. Verdad es que puede vengarse á su vez.

MAXIMAS.

A caballo regalado no mires el diente.
A Dios rogando y con el mazo dando.
Bien predica, quien bien vive.
El amor y la fe en las obras se vé.

SOLUCION DE LA CHARADA EN PÁG. 44.

Zamarra.



LA TRANSFIGURACION.

Dos veces fué Jesus transfigurado; la primera ántes de su pasion, y la segunda despues de resucitar de entre los muertos, cuando fué elevado á los cielos. La primera transfiguracion era para los discípulos una señal y prueba de que su Salvador no podia quedarse en la tumba, sino que volveria á presentárseles con la misma gloria celestial, con que le vieron entónces. Asimismo, para nosotros, la glorificacion y ascension de nuestro bendito Salvador es la más segura prenda y garantía de que todos los que vivimos con El por

amor y obediencia, no podemos morir eternamente, sino que entraremos con El en la gloria de los cielos para gozar de su presencia por toda una eternidad. Sola una condicion hemos de cumplir para asegurarnos de tan venturoso porvenir, y la declaró Dios desde lo alto de los cielos cuando se oyó sobre Jesus aquella voz que dijo: «Este es mi hijo amado, en el cual tomo contentamiento. A él oiréis.» Hemos de oir á Jesus, aprender su enseñanza, seguir sus preceptos y creer en su palabra.

¿No nos prestaremos gustosos á tan solemne mandato, puesto que nos está prometido tan precioso galardón?

LA PEQUEÑA JOROBADA.



enia una mujer una hija muy pequeña, y pálida y muy diferente de las demás niñas. Cuando su madre la llevaba á paseo, la gente se paraba á contemplarla, y la pequeña preguntaba á su madre por qué la gente la miraba tanto; esta le contestaba siempre: «Porque tienes un vestido nuevo muy bonito.» Esta respuesta la alegraba. De regreso á casa, la madre tomaba á su hijita

en sus brazos, le daba muchos besos y le decia: «Angel mio, ¿qué harás cuando me muera? Nadie sabe cuán querida me eres, ni aún tu padre.»

Poco tiempo despues, la madre cayó de pronto enferma y á los nueve dias murió. Entónces el padre de la niña se echó al lado de su esposa, deseando ser enterrado con ella. Pero sus amigos le hablaron y consolaron; y un año despues, habiendo olvidado su pena, se casó con otra mujer, más bonita, más jóven y más rica que la primera; pero no le igualaba en bondad.

La hija, desde que murió su madre, se sentaba á la ventana de su cuarto todos los dias, desde la mañana hasta la noche; pues ahora no tenia quien

saliese con ella á paseo. Se habia puesto más pálida y no creció nada durante el último año.

Cuando su madrastra vino á la casa, esperaba la niña que podria volver á salir y pasearse por la ciudad y por los bonitos caminos, viendo los árboles, las flores y la gente elegante. Porque ella vivia en una pequeña y estrecha calle á donde no brillaba el sol; y si alguna vez se sentaba en el hueco de la ventana, no veía sino un pedacito del cielo del tamaño de un mantel.

La madrastra salia todos los dias y cada vez se ponía un hermoso traje mucho más elegante que la primera madre, pero nunca llevó consigo á la niña. Por fin ésta se atrevió á rogarle un dia que la dejara ir con ella. Mas la madrastra enfadada se lo negó, diciéndole: «¡Qué loca eres! ¿Qué pensará la gente si me ven contigo? Eres una jorobada. Las niñas jorobadas no salen, se quedan en casa.»

Entonces la niñita se calló; y tan pronto como su madrastra hubo desaparecido, se subió sobre una silla y se estuvo considerando en el espejo. Sí, era jorobada—y muy jorobada. Despues se volvió á su rincon cerca de la ventana, y fijando su vista en la calle, pensó en su propia madre que la llevaba todos los dias á paseo. De pronto se acuerda de su joroba. «Pero, ¿qué puede haber dentro de ella?» se dijo; «debe haber algo en una joroba como esta.»

Pasó el verano y cuando vino el in-

vierno, la niñita estaba tan débil que no podia sentarse más en el hueco de la ventana, sino echarse en su cámita.

Cuando volvió la primavera, y las blancas campanillas echaron sus primeros botoncitos, la niña vió una noche en sus calenturientos sueños acercarse á su cama un ángel con dos alas, grandes y blancas. Este le dijo cuán hermoso y brillante es el cielo, y que venia á llevársela para unirla con su querida madre. La niña preguntó tímidamente, si las jorobadas podian entrar en el cielo; pues no podia figurarse que les fuera permitida la entrada en tan hermoso lugar, cuando aquí en la tierra ni siquiera debian pasearse por las calles. Pero el ángel le respondió: «No eres más jorobada.» Y diciendo esto le tocó la espalda con su blanca mano. La fea deformidad cayó apareciendo en su lugar dos blancas alas que desplegándose en seguida, llevaron á la niña al traves del aire, por encima de la luna, del sol y de las estrellas, al cielo. Allí estaba esperándola su buena madre, la cual, alargando sus brazos, la estrechó contra su pecho.

De puro gozo se despertó la niña; y aunque comprendió que todo habia sido sueño, no se entristeció; mas esperaba confiadamente en que pronto se cumpliría lo que habia soñado.

Al domingo siguiente la pequeña habia muerto. «No te aflijas, esposo,—dijo la madrastra—es mejor para la pobre jorobada.» El padre no replicó una

sola palabra, pero inclinó la cabeza silenciosamente para que no se viesen las gruesas lágrimas que rodaban por sus mejillas.



COMETAS.

Quando un niño ha reunido y corvado en forma de semicírculo algunas varas de mimbre, cuando ha cubierto estas varas de papel engrudado, y ha colocado una cola tambien de papel, y cuando á favor de un bramante y de un viento favorable hace que todo se eleve en el aire, en medio de un estruendo de aclamacion general; ese niño está muy lejos de pensar que entra el cálculo en la elevacion de su cometa. Sin embargo este simple juguete de niño ha venido á ser en manos de

los físicos modernos uno de los más importantes instrumentos para investigar las leyes de la electricidad.

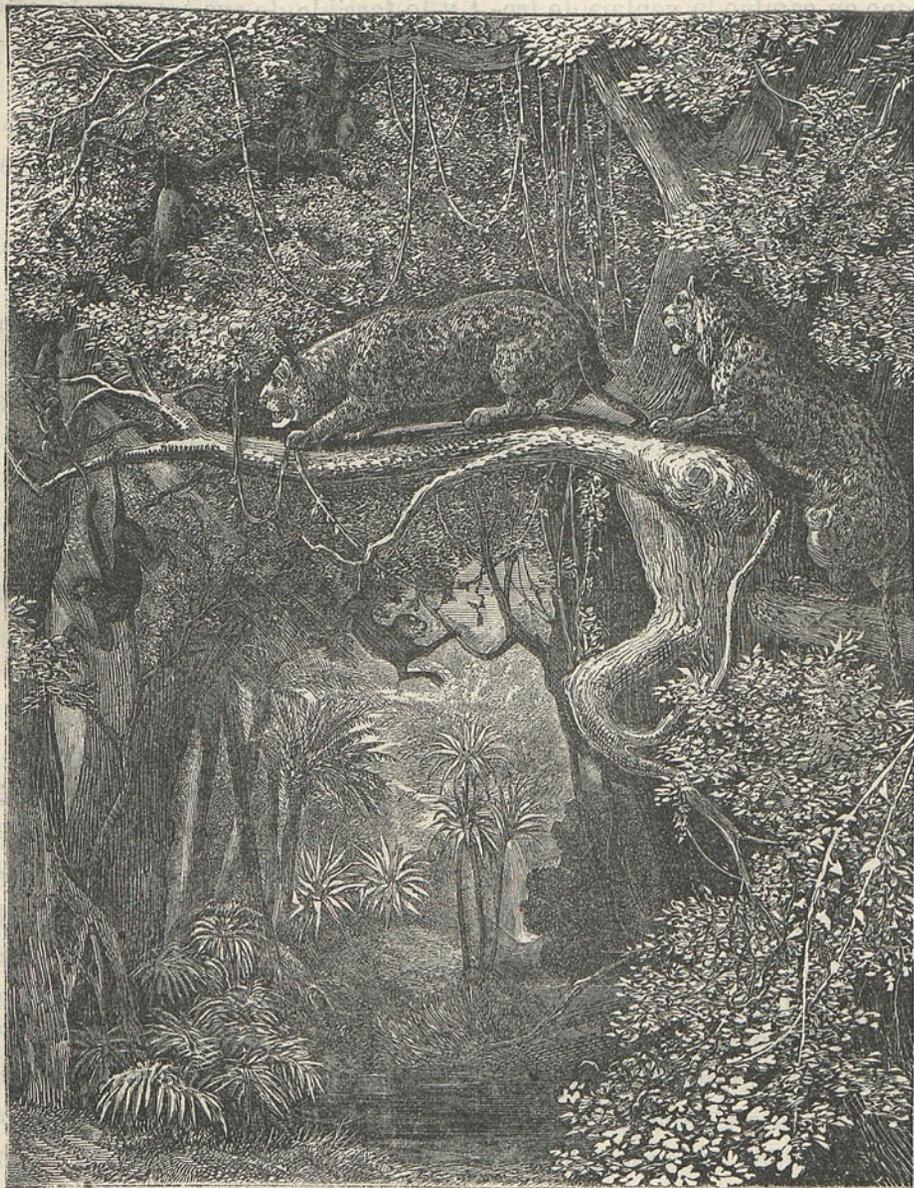
Para elevar la cometa debe elegirse un campo dilatado y un dia en que el viento sea favorable.

Un niño sostiene la cometa un poco inclinada, y otro tiene el ovillo de bramante, á bastante distancia. Se suelta la cometa, y el que quiere elevarla corre á todo correr, cediendo poco á poco el bramante, que debe ser más ó ménos grueso, segun el grandor de la cometa. De cuando en cuando se detendrá y dará algunos tirones, á fin de agitar el aire. La cometa se eleva tanto algunas veces, que se interna en las nubes y se retira mojada.

Al elevar una cometa es menester observar con cuidado las menores variaciones del viento, soltando cuerda cuando es recio, y teniéndola tirante cuando es suave. Si no se hace así, y se deja floja la cuerda algun instante, la cometa cae de cabeza, y casi siempre se desgarrá ó se rompe.

Quando la ascension de la cometa ha salido bien, y esta se halla á cierta elevacion, se divierten algunas veces los niños metiendo por la cuerda unos pedazos redondos de naípe, que impulsados por el viento suben dando vueltas hasta la misma cometa. Estos naipes, que van y vienen continuamente, porque retroceden ó bajan cuando hace poco viento, se llaman *postillones* ó *correos*.





EL JAGUAR.

Los bosques vírgenes de la América del Sur sorprenden tanto por lo gigantesco de sus árboles y la lozanía de su vegetación, como espantan por la ferocidad de las fieras que en ellos

se guarecen. El más feroz entre todas es el Jaguar, perteneciente á la misma familia de los felinos ó gatos, de la cual forman parte el leon, el tigre etc.

Es un poco más pequeño que estos,

pero tiene en cambio la ventaja de trepar los árboles con la mayor facilidad. Desde sus frondosas ramas cubiertas de rico follaje suele acechar su presa para alcanzarla luego por medio de un salto mortal, y desgarrarla con sus terribles garras.

En esta situación se presenta la temible pareja de nuestra lámina y ¡ay del pobre mono que á poca distancia se divierte sin sospechar ningun peligro, si estos terribles cazadores le descubren y se echan encima!

A no ser por su instinto sanguinario

y lo terrible de sus fuerzas, la esbelta forma, los graciosos movimientos y la hermosa piel de color pardo claro con numerosas manchas oscuras que ostenta el Jaguar, le atraerian nuestra admiracion y hasta simpatía.

Afortunadamente el número de estas fieras disminuye de dia en dia, gracias á la constante persecucion á que está expuesto. Los gobiernos han pregonado su cabeza, para que cuanto ántes esta plaga de los bosques sea exterminada.

GLORIAS DE ESPAÑA.

OSIO, OBISPO DE CÓRDOBA.

Córdoba, pátria de tantos y tan celebrados varones en el mundo científico y literario, cuna del poeta Lucano y de los Sénecas, dió el ser al ilustre Osio, el más sabio, el más elocuente, el más inteligente y activo de cuantos pastores apacentaron en los tiempos antiguos el rebaño de Cristo en toda la cristiandad. Este celeberrimo español, miembro de casi todos los concilios de la época, mereció ser llamado «director y padre de los concilios todos.» Con efecto, fué uno de los principales miembros del de Elvira, hoy Granada, el primer concilio nacional celebrado en España por los años trescientos de Jesucristo. Así mismo fué uno de los dos presidentes

del primer concilio universal celebrado en Nicea, Asia Menor, el año 325.

Osio, por su prudencia, piedad y talento mereció ser escogido por el emperador Constantino para calmar las divisiones y disputas que desgarraban la Iglesia, y no habiéndolo podido alcanzar fué el que le aconsejó reunir el primer concilio universal. Constantino le trató siempre con la más distinguida veneracion, colmándole de liberalidades, que empleaba en socorrer á los necesitados que recurrían á él.

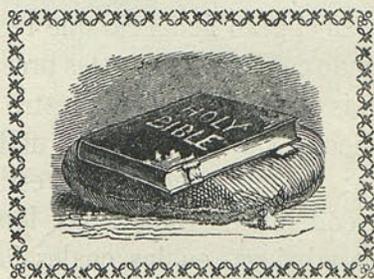
El distinguido cordobés fue un infatigable confesor y propagador de la verdadera fé: á la edad de ochenta años recorría aún la Europa toda, consolando á los oprimidos, sostenien-

do á los perseguidos y fortaleciendo á los tibios en la fé. Perseguido él mismo, confesó gloriosamente su fe en Jesucristo, sufriendo con heroismo los tormentos y el destierro; y hé aquí porqué le dieron el título glorioso de «Confesor de Cristo.» Columna sólida y firmísima de la fe, murió en buena vejez á la avanzada edad de cien años.

Citemos para concluir algunas palabras de nuestro gran compatriota. El emperador Constancio, hijo de Constantino, le habia escrito una carta en tono amenazador é injurioso; hé aquí cómo le contesta Osio: «Durante la persecucion que vuestro abuelo Maximino hizo á la Iglesia, confesé á Jesucristo. Si quereis renovarla, antes que hacer traicion á la verdad, me encontrareis dispuesto á sufrirlo todo. Ni vuestras cartas, ni vuestras amenazas me harán variar de propósito; así, pues, es inútil que continueis escribiéndome y amenazándome... Acordáos que sois hombre mortal; temed el dia del juicio: disponéos para aparecer allí puro é irrepreensible... El gran deseo que tengo de vuestra salvacion, me ha obligado á escribiros de este modo.»

¡Qué hermosa vida la del hombre que la dedica á confesar el nombre de Jesus ante sus semejantes! Su recompensa será grande en los cielos, pues nuestro Salvador ha dicho: «El que me confesare delante de los hombres, yo tambien le confesaré delante de Dios y de sus ángeles.» Dígnese el Señor hacer de todos vosotros, amiguitos míos,

firmes y constantes confesores del amor que Dios os ha mostrado, dándoos en Jesucristo un Salvador.



LAS PASCUAS DE PENTECOSTÉS.

Cuando el Espíritu Santo fué derramado sobre los apóstoles, principiaron á hablar en diversas lenguas, que nunca ántes habian aprendido; de modo que el inmenso gentío, que para esta fiesta solía acudir á Jerusalem de todas partes del mundo, podia comprender con facilidad el evangelio de Jesu-Cristo el Crucificado, puesto que á cada uno era predicado en su lengua propia.

Este milagro fué como una solemne promesa divina de que vendria el tiempo en que á todas las naciones y gentes del mundo seria anunciado el Salvador. Y la promesa se ha cumplido de una manera maravillosa.

Desde entónces acá la Biblia ha sido traducida en centenares de idiomas; se ha predicado el evangelio en toda Europa, América y Oceania; en gran parte de Asia y África. Los celosos pastores y predicadores siguen trabajando sin darse tregua ni descanso, hasta que no quede ninguna nacion, ni pueblo,

ni hombre, á quien no haya sido manifestada la manera cómo puede salvarse del pecado y la muerte.—

Al leer vuestra Biblia, ¿habeis pensado ya en el gran beneficio que recibís, pudiendo conocer todas estas preciosas historias y enseñanzas en vuestro propio idioma, sin dificultad ni molestia alguna; sin que tengais que estudiar ántes con mucho trabajo las lenguas hebrea y griega, en las cuales fueron escritas primeramente?

Este beneficio lo debeis á la fiesta de Pentecostés; tenedlo presente y dad gracias por él, rogando á Dios que abra vuestro corazón á su santa palabra, para que á más de comprenderla con la mente, la abraceis con la voluntad y la pongais en práctica en vuestra vida.

CELESTINA.

Hace pocos dias que á eso de las seis de la tarde, al pasar por la plaza de Armas una niña de ocho años llamada Celestina, le salió al encuentro otra niña de su edad, diciendo con voz llorosa:

«Señorita ¿me da V. un pedacito de pan por el amor de Dios? tengo mucha hambre.»

«¡Dios mio!» respondió Celestina, «toma, que casualmente traigo un panecillo que me ha comprado mamá; pero ¿qué pálida estás! ¡cómo lloras!»

«Es que hace mucho tiempo que estoy aquí, replicó la niña devorando el

panecillo; tenía miedo, mas aguardaba que pasase una niña como V.»

«¿No tienes mamá que te cuide?»

«Mi madre murió hace un mes, y mi padre me trajo aquí esta mañana, diciéndome le esperara, y no ha parecido. Sin duda me ha abandonado, pues ayer dijo que se iba á Santiago.»

«Mira,» dijo Celestina, «yo tengo un papá muy bueno y una cariñosa mamá: ven á mi casa y ella te cuidará: luego que te vistan como yo, iremos juntas á la escuela, y serás mi hermanita.»

Y la encantadora niña tomó de la mano á la pobre abandonada, encaminándose á su casa en compañía de una criada que no habia hecho mas que oír y callar. Luego que vió á su madre, le dijo:

«Mamá, te traigo una niña á quien su padre ha abandonado de intento: ¿quieres que se quede en casa? Tú eres muy buena para conmigo, y ya ves, con lo que me dan todos los dias habrá lo suficiente para las dos.»

Los deseos de la generosa niña han sido satisfechos como debian serlo por su padre y su madre, honrados artesanos á quienes el trabajo y la economía suministran lo necesario para vivir con comodidad. La abandonada niña, vestida con los trajes de su hermana adoptiva, va á ser enviada á la escuela; y á juzgar por la sencilla gratitud que manifiesta, puede creerse que el matrimonio que la ha recogido no tendrá que arrepentirse de su generosidad.



LAS DOS HUÉRFANAS.

Lejos del mundo, entre el fatal si-
 (lencio
 De un oscuro rincon de ignota aldea,
 Viven muriendo en fraternal cariño
 Dos pobres huérfanas.

Dolores, la mayor de ambas her-
 (manas,
 Es el mentor de la infantil Julieta,
 Y en ella cifra toda su ventura,
 Su dicha inmensa.

Los ricos dones, los misterios santos
De religion, la postrimera herencia
Que sus padres queridos la legaron...
Esta le enseña.

Y al fenecer el trabajoso dia
Juntas orando en la apartada aldea,
En Dios confian, en su amor tan solo,
Y ÉL las consuela.

LA MEJOR OBRA DE CARIDAD.

CUENTO.



Estableció una reina un premio para aquel que en el trascurso de un año hiciera la mejor obra de caridad, pensando con razon que era esta una gran enseñanza práctica al alcance de todas las inteligencias.

Cuando todos se hubieron reunido y la reina estaba como juez en su trono, se acercó uno y dijo que habia labrado en su pueblo un hermoso hospital para los pobres. El corazon de la reina se llenó de gozo al oir esto, y preguntó si estaba concluido.—Sí, señora, contestó el interrogado, sólo falta ponerle en el frontispicio la lápida con letras de oro, que diga por quién y cuándo se labró.

La reina le dió las gracias, y se presentó otro. Este dijo que habia hecho á sus espensas un cementerio en su pueblo que carecia de tan importante lugar. Alegróse la virtuosa reina y le preguntó si estaba concluido, á lo que contestó

que solo faltaba rematar el hermoso panteon que en el centro estaba construyendo para él y su descendencia.—

Dióle gracias la reina, y se presentó una señora que dijo habia recogido una niña huérfana que se moria de hambre, y la habia criado dándole lugar de hija.—¿Y la tienes contigo? preguntó la reina.—Sí, señora, y la quiero tanto, que jamás me separaré de ella; es tan dispuesta, que cuida de toda la casa y me asiste á mí con cariño y esmero.

Celebraba grandemente la reina esta digna obra de caridad, cuando se oyó un tropel entre las gentes que se abrian dando paso á un niño más bello que el sol. Llevaba asida de la mano á una pobre vieja haraposa que hacia cuanto podia para huir de aquel lugar tan concurrido.

¿Qué quiere este bello niño? preguntó la reina que no cerraba sus oidos, que eran más de madre que de soberana, á ninguno que deseaba hablarle.

Quiero, contestó el niño con mucha dignidad y dulzura, traer á Vuestra Majestad á la que ha ganado el santo

premio que habeis instituido para la mejor obra de caridad.—¿Y quién es? volvió á preguntar la monarca?—Es esta pobre anciana, contestó el niño.

¡Señora! clamó la pobre vieja, toda confusa y turbada, nada he hecho ni nada puedo hacer: soy una infeliz que vivo de la misericordia de Dios.—Me ha dado un pedazo de pan, dijo el niño, estábamos solos, y era el único que tenia.

La reina alargó conmovida el premio á la buena pordiosera; y el niño, que era un ángel, se elevó á las alturas bendiciendo á la sábia reina que tan bien sabia distinguir la caridad verdadera de la aparente, y á la humilde anciana que hacia bien sin saberlo, obedeciendo á aquel precepto divino: *Cuando das limosnas, no sepa tu izquierda lo que hace tu derecha.*

LA ALMOHADA DURA.

Dos hermanitas se acostaron juntas despues de estudiar sus lecciones para el dia siguiente. Elisa, como de costumbre, empezó su oracion encomendándose á la proteccion de su Salvador, á quien ofrecia sus humildes alabanzas. Pero Ana que no tenia aquel dia ganas de orar, divertíase con su muñeca, interrumpiendo la oracion de su hermana.

«¡Elisa, Elisa, mira mi muñequita; mira como cierra los ojos y pone las manitas!» Pero Elisa continuó su ora-

cion sin hacer caso de las palabras de su hermana; y luego se deslizó bajo las sábanas para dormirse. Su hermana siguió su ejemplo apagando la vela.

Pocos momentos despues, Ana enfadada, se incorporó, ahuecó su almohada y volvió á echarse; mas en seguida comenzó de nuevo á revolverse.

«¿Qué tienes?» la preguntó Elisa por fin.

«Yo no sé qué tiene mi almohada,—contestó Ana,—está más dura que una piedra; ni puedo calcular de qué proviene, pues otras noches no sucede esto.»

«Yo sé en qué consiste,»—replicó su hermanita,

«Pues dímelo,»—observó Ana.

«La causa es que no hay dentro ninguna oracion,»—respondió Elisa.

Siguió una breve pausa, y luego Ana salió de la cama; y aunque algo temerosa por la oscuridad que reinaba, dirigió, puesta de rodillas, una corta oracion á su Salvador, prometiéndole no volver nunca á acostarse sin haber orado. En seguida se volvió á echar, y descansó tranquilamente.

«¡Sí! esto era lo que tenia la almohada,—murmuró,—ahora está blanda.»

Me parece que esto mismo sucede á más de una almohada que impide el tranquilo descanso al que sobre ella tiene reclinada su cabeza. *No hay ninguna oracion dentro.*



Glo-ria al pa-dre y al Hi-jo Y glo-ria al San-to Es-pí-ri - tu,

Rau - dal de to - do bien, Rau-dal de to-do bien.

Y por si-glos sin fin su-ba Es-te can-to á los cie-los. A-men.

EL AMIGO DE LA INFANCIA.

PERIÓDICO MENSUAL ILUSTRADO.

PRECIOS DE SUSCRICION:—Por un año: en Madrid 8 reales, en provincias 10 reales.
Se suscribe en la Administracion, Librería Nacional y Extranjera, Madrid, Calle de Ja-cometrezco, 59. Remítase el importe en sellos de franqueo, ó en letras de fácil cobro.

MADRID, 1880.—Imp. de J. Cruzado, Peñon 7.